

**CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2018-2019**

# **LA CARIDAD ES LA FUENTE EN LA QUE BEBEN LA IGLESIA Y LA FAMILIA**



**BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA**  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España



# **CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2018-2019**

## **LA CARIDAD ES LA FUENTE EN LA QUE BEBEN LA IGLESIA Y LA FAMILIA**

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España

PORTADA: Lucas Giordano, «La Visitación» (detalle). Camarín de la Virgen en el monasterio de Guadalupe.  
2018, Arzobispado de Toledo.  
Edita: Delegación Diocesana de Medios de Comunicación.

## ÍNDICE

Introducción.....	7
Capítulo primero: ¿De qué hablamos cuando hablamos del amor?.....	9
Capítulo segundo: <i>Agapé</i> , el amor que tiene a Dios en su origen.	17
Excurso: <i>Agapé</i> en el himno a la caridad (1 Cor 12,31-14,1)...	21
Capítulo tercero: El amor de caridad en la comunidad cristiana, corazón de toda auténtica evangelización.....	27
Capítulo cuarto: La fuente en la que beben los hijos de la Iglesia..	35
Epílogo.....	41
Bibliografía.....	45



Un escriba que oyó la discusión, viendo lo acertado de la respuesta, se acercó y le preguntó: “¿Qué mandamiento es el primero de todos?” Respondió Jesús: “El primero es: *Escucha Israel, el Señor nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser*” El segundo es este: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*”. No hay mandamiento mayor que éstos. El escriba replicó: “*Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo de todo corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios*”. Jesús, viendo que había respondido sensatamente le dijo: “*No estás lejos del reino de Dios*”. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

(Mc 12,28-34)





## INTRODUCCIÓN

1. La tradición cristiana ha enseñado siempre que el amor a Dios y al prójimo están inseparablemente unidos. En cambio, en la vida real, estos dos amores parecen excluirse mutuamente, al menos de modo aparente. Podríamos decir que la mayoría de las religiones colocan a sus dioses lejos de donde están los hombres; y quien quiere entrar en relación con los dioses debe alejarse de donde están los hombres. En la sociedad de la que formamos parte, ¿de parte de quién está la razón? ¿de Jesús en las palabras que hemos leído de san Marcos, o de quienes piensan que hay que luchar contra todos y abrirse camino eliminando adversarios, puesto que el poderoso se come al más débil? ¿Seremos partidarios de Cristo que vence el mal con el bien, o, por ejemplo, de una economía que mata, que excluye para vivir, y “de que hoy todo entra en el juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil”? (EG 53).

Algunos dicen que el ideal que nos propone Jesús es bueno y bello, y nos atrae, pero parece inalcanzable y, por tanto, difícil unir el amor a Dios con el amor al prójimo. ¿Difícil o imposible? Difícil, *pero posible*, decimos nosotros. ¿Acaso no es el cristianismo el anuncio alegre de que Dios se ha hecho hombre y de que, con su segunda venida al mundo, Cristo realizará todos los ideales del bien en la tierra? Por eso, si Dios está unido al hombre en la persona de Cristo, para los cristianos es una traición no unir el amor a Dios al amor al prójimo, y afirmar que esto es imposible.

2. Pero Jesús no nos dice que amemos al prójimo “en lugar de a ti mismo”, sino “como a ti mismo”. Y sabemos que el amor propio es un instinto natural, un instinto de conservación tan fuerte que Aristóteles llegó a decir que no existe otro amor que el de uno mismo. Sin embargo, con frecuencia nuestro “yo” puede expandirse, pues no en vano somos seres sociales. Amamos, por ejemplo, al amigo

## ARZOBISPO DE TOLEDO

de forma que éste se convierte en “nuestro otro yo”. Al menos en este caso queremos al amigo como a nosotros mismos.

Pero no es esto lo que buscamos. El cristianismo va más allá y expande nuestro yo a todos los hombres y mujeres, para que nos unamos todos en lo que la tradición cristiana llama “el Cuerpo de Cristo”, esto es, la Iglesia. Nos dicen también que el amor no es posible sin el sacrificio y este amor es cada día más raro entre nosotros. Es este sacrificio el que da verdadero valor al amor, *porque amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios*. Pero la frase de Jesús en Mc 12,33, ¿dice, acaso, lo contrario, esto es, que el amor pueda ser tal sin esfuerzo y sacrificio? Sin duda que no. Pero ¿será, entonces, necesario que hagamos unos sacrificios extremados y vivamos una ascesis tan fuerte para vivir el amor cristiano? También forma parte de la buena tradición cristiana que toda forma de ascesis y todos los sacrificios que no estén inspirados en el amor no tienen ningún sentido.

3. En cualquier caso, parece claro que la fuente en la que bebe la Iglesia, y la familia cristiana, que es la “iglesia doméstica”, es la caridad, que es amor. Es preciso también para todos los hijos de la Iglesia encontrar esa fuente y beber de ella, a la hora de salir al campo de los alejados e indiferentes a la fe en Cristo; también para estar en el complejo ámbito de la pastoral con jóvenes; igualmente para transitar por el amplio territorio de la misión “ad gentes”. Nos conviene, sin embargo, tener claro lo que san Pablo decía a los cristianos de Corinto: “En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor” (1 Cor 13,13).

**CAPÍTULO PRIMERO:  
¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DEL AMOR?**

4. Todos necesitamos *amar y ser amados*: los niños, los jóvenes, los adultos, los mayores, los enfermos, los pobres, los emigrantes, los refugiados, los presos, los marginados. Y necesitan experimentar el amor todos los que sufren. Es curioso, pero el amor es el lenguaje que entienden todas las personas, también los que sufren discapacidades físicas o de otro tipo, los que poseen distintas capacidades, los enfermos terminales y aun los que están en coma.
  
5. Pero la palabra *amor* se emplea en nuestra sociedad con significados tan diferentes y adulterados, que su utilización aparece muchas veces desfigurada. Ya decía Benedicto XVI en *Deus caritas est* que “nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término “amor” se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes” (n. 2). Merece la pena que el lector vea ese número dos de esta encíclica del Papa emérito para entender el problema del lenguaje en torno a la palabra “amor”.

En *Deus caritas est* se presenta a la Iglesia por primera vez un documento oficial del Magisterio sobre el amor al prójimo. Partiendo de la revelación divina, da un *toque de atención*, y ensalza en primer lugar la Verdad, que es la que hace posible una participación desinteresada en la miseria humana: la salvación definitiva viene al hombre exclusivamente de Dios, a través de su Hijo Jesucristo. Su predicación es primordialmente teocéntrica, pero sin olvidar al ser humano; o mejor: el Papa Benedicto sostiene que el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo posibilita al creyente la salvación integral, una salvación que va más allá de la muerte.

En la segunda parte de la encíclica, recordemos que se encuentran indicaciones relativas a la formación de voluntarios y trabajadores en el servicio de la Iglesia a los necesitados. La preocupación

del Papa es que la acción social por el otro “no se convierta en un mandamiento, por así decir, impuesto desde fuera” (n. 31a), descartando un malentendido legalismo. Cuando una persona vive un tipo de dificultad, necesita “algo más que una atención sólo técnicamente correcta”. Necesita “humanidad”, una “atención cordial”. A menudo falta algo más que comida o bebida, casa o salud, porque para el que sufre necesidad, “la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios” (cfr. Íd., 31c).

6. Hablamos, un poco más arriba, de un problema de lenguaje en torno a la palabra “amor”. ¿Existe este problema también en la Biblia, especialmente en los escritos de lengua griega, cuando se describe los distintos tipos de amor? Dedicaremos un espacio a este asunto, pues nos parece importante. Y quisiera decir que la comprensión de la verdadera realidad del ser humano, hombre y mujer, es igualmente de enorme importancia. Creemos que en la revelación bíblica desarrollada en la tradición judeo-cristiana y en el magisterio eclesial aparecen rasgos que nos dicen bien quién es el ser humano. Éste es, en primer lugar, único, como Dios lo es. Hecho a *imagen y semejanza* del Creador; no es cuerpo por una parte y espíritu por otra; la dimensión corporal y la dimensión espiritual son una misma realidad convergente en el ser *persona humana*. Como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: “La persona humana es un ser a la vez corporal y espiritual” (n. 362).
7. La Escritura describe distintos *tipos de amores* que pueden darse en la persona por su misma condición humana; las diferencias vienen marcadas por el modo como se experimentan esos querer: su acertada o desacertada orientación, su integración en la dignidad personal, su posible degradación por manipulación interesada, su distorsión por extremismos reduccionistas, o su vivencia correcta, acertada, razonable (=conforme a la razón), pero sobre todo creyente, que la hace verdadera. Estos aspectos del querer, del modo de amar, son fundamentales para entender un poco la confusión en

que está nuestra sociedad y en la que la cultura dominante subraya sólo “lo más valorado”.

8. Empecemos por *el amor familiar*, el cariño de los padres con los hijos y de éstos con sus padres. Es *el primer tipo de amor* con el que nos topamos apenas nacer, incluso antes de nacer. Todos tenemos experiencia de este querer. En realidad, es un amor absolutamente inmerecido y totalmente gratuito porque no hemos hecho mérito para tenerlo. ¡Pero absolutamente necesario para la vida de los humanos! Los creyentes sabemos que es un amor con el que Dios ha previsto que nos encontremos ya desde el seno materno; desde la concepción y gestación somos amados, deseados, pensados, esperados. ¡Y qué consecuencias tan nefastas para el ser humano, cuando este amor no se da para el que nace y crece por tantas circunstancias! Es este, desde luego, un amor connatural y propio de nuestra naturaleza humana. Es *natural* amar así. Biografías y relatos muestran la crudeza de una infancia maltratada precisamente por el lacerante desamor familiar.

Podemos entender la necesidad y naturalidad de ese amor, cuando Dios pregunta por boca del profeta: “¿Acaso puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque una madre se olvidara de su hijo, Yo jamás te olvidaré” (Is 49, 15). Relacionado con este tipo de amor es lo que san Pablo pide a los cristianos de Roma: “Amaos cordialmente unos a otros; que cada cual estime a los otros más que así mismo” (Rom 12,10). Es que el Apóstol considera que los cristianos forman una *nueva* familia. Este amor, siendo *de Dios*, es un amor *humano*. Depende si se vive *según Dios*, es decir, si nunca se antepone al amor de Dios. Pero sucede más de lo que creemos que este amor hacia los padres o hacia los hijos (o los hermanos, o los familiares), se vive *sin Dios*. Y se convierte en una esclavitud, porque impide la libertad para una vocación o se emplea sólo para aprovechamiento propio, con un egoísmo considerable.

¿Cómo evitar que este *amor familiar* que nos ha dado Dios se viva rivalizando con Él, o suplantándolo? Yo veo que las palabras de Jesús

en Mt 10,37ss (“El que quiere a su padre o a su madre más que a mí (...), el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí...”)

son claras y nos dicen que los padres, los hijos, los hermanos nos son dados como regalos del Señor. Hemos de amarlos *en el Señor*, pero no más que al Señor o fuera del Señor. Nunca el amor de un padre/madre o de unos hijos/hermanos debe separarnos del amor de Dios; al contrario: cuanto más amemos a Dios y cuanto más experimentemos su amor, más y mejor amaremos a los padres, a los hijos, a los hermanos, a los miembros de una misma familia. Y ejemplos significativos hay entre nosotros, en tantas familias verdaderamente cristianas.

9. Pero existe otro tipo de querer: el amor erótico (de *eros*, el término que los antiguos griegos daban al amor entre hombre y mujer). El amor erótico lleva consigo la relación sexual conyugal o no. El Papa Benedicto XVI explica con palabras tan exactas que basta aquí referirse a *Deus caritas est* 3-8 y volverlas a leer como un regalo que el Papa Ratzinger nos dejó en herencia. El amor *eros* significa *empuje, deseo, atracción*. Incluye pasión y pulsión. Evidentemente se emplea para referirse a la atracción mutua del hombre y la mujer, fuerza sentimental, pero también vocación esponsal que está en nuestra naturaleza. Algo grande y bueno, querido por Dios. El problema está en que este querer nuestro no debe quedar atrapado o reducido a lo meramente instintivo o pasional, ese estado de excitación o embriaguez de los sentidos, sino que ha de ser referido al deseo de bien con la fuerza imparable del corazón humano.

¡Cuántas veces somos atrapados de ese modo! Para que este querer no se deje dominar por el instinto, “hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el *eros* ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza” (DCE, 5). Y una sociedad capitalista, utilitarista y consumista como la nuestra no está dispuesta a ello. Al contrario, acusa a la antropología cristiana de antinatural ... y a la moral conyugal católica de anticuada e irreal, que, en su opinión, es la que aparta a los cristianos de su Iglesia. Atención a este dato.

10. Hace falta construir un relato que haga atrayente el amor conyugal. Y han de hacerlo sobre todo los matrimonios cristianos, sin que falte la ayuda de teólogos y moralistas. Porque este mundo nuestro, tantas veces, ya sólo acepta el testimonio concreto de los hombres y mujeres que viven según el evangelio de la vida y del amor conyugal; el que, desde la *Humanae Vitae*, de Pablo VI, *Familiaris Consortio* de Juan Pablo II y *Amoris laetitia* del Papa Francisco, ha mostrado el magisterio de los últimos Papas.

Se trata de ser testigos de un amor que busca la complementación, no la sumisión; que comporta un elemento de entrega y donación que impulsa a los amantes a fundirse y hacerse uno solo, en exclusividad recíproca. Que muestre que todo divorcio es un fracaso y no una liberación, si es que ha habido un verdadero matrimonio. Este tipo de amor pide una plenitud sexual que sea al mismo tiempo una plenitud humana. El atractivo sexual debe estar elevado por el espíritu, porque si el espíritu no corona y hasta supera la atracción, se diviniza la carne separada del alma y el amor *eros* deriva en *sexolatría*. Si el deseo carnal se entroniza en el egoísmo personal que sólo busca la propia satisfacción, acontece entonces la ruptura entre sexualidad y matrimonio, unión y procreación, enamoramiento y amor tan extendida. ¿Quién educa hoy en esta dimensión del amor erótico sin los reduccionismos al uso de la sexualidad humana? Los que lo hacen según la sana sexualidad son una bendición para la Iglesia, pero sobre todo para nuestra sociedad.

Sin duda este querer “erótico” es una dimensión del amor que posibilita la fecundidad en la generación de la vida. Este *amor* de atracción y deseo nos lo ha dado Dios como un don. Es un amor que cruza la Escritura desde los sentimientos de Abraham por Sara, Jacob por Raquel, Moisés por Séfora, Salomón por la reina de Saba; sin duda que no todo son luces, pues este amor aparece como pecado en David con Betsabé o en Sansón con Dalila. Pero nunca se ha perdido ese rastro de Dios en este modo del querer humano. La expresión más poética y sublime de este tipo de amor es el increíble libro del Cantar de los Cantares. Léanlo, por favor; léanselo a sus hijos

cuando les ayuden en su educación para la afectividad, de modo que evitemos en nuestra sociedad la vivencia de una sexualidad reductiva y reducida a mera genitalidad, y la gente se abra a una sexualidad integral.

11. Pero hay más en este campo semántico del amor, del querer: es el amor de *amistad*. Es de sobra conocido el afecto cálido que se siente entre dos amigos. Viene del griego *philia-fileo* y equivale al que traducimos en castellano por *querer*. La amistad es también un don de Dios, con un matiz añadido: hay que cuidarlo, alimentarlo, es una joya. Ya lo dice Jesús Ben Sirá: “Quien ha encontrado un amigo ha encontrado un tesoro... Un amigo fiel no tiene precio” (Eclo 6,14-15). Hay textos muy luminosos sobre la amistad tanto en el AT como en el NT, como en otras fuentes literarias. De Abraham se dice que vive en amistad con Dios (cfr. Is 41,8); Moisés trataba con Dios cara a cara, como con un amigo (cfr. Ex 33,11). ¿No es Lázaro, el amigo de Jesús, “aquel a quien tú quieres” (cfr. Jn 11,3)? Finalmente, en el discurso de despedida, Jesús repite hasta tres veces el término *filos*, referido a sus discípulos: “a vosotros os llamo amigos” (cfr. Jn 15, 13-15). A mí me emociona ver que la amistad que comparte Jesús con sus discípulos en el fondo radica en haber compartido con ellos la intimidad que tiene Él con el Padre. Es de una finura grande lo que dice el Papa Francisco del amor de amistad, citando dos veces a santo Tomás de Aquino:

El amor de amistad se llama “caridad” cuando se capta y aprecia el “alto valor” que tiene el otro. La belleza –el “alto valor” del otro, que no coincide con sus atractivos físicos o psicológicos- nos permite gustar lo sagrado de su persona, sin la imperiosa necesidad de poseerlo. En la sociedad de consumo el sentido estético se empobrece, y así se apaga la alegría. Todo está para ser comprado, poseído o consumido; también las personas... El amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal, que existe más allá de mis necesidades. Esto me permite buscar su bien también cuando se ha vuelto físicamente desagradable, agresivo o



molesto. Por eso, “del amor por el cual a uno le es grata otra persona depende de que le dé algo gratis” (Amoris laetitia, 127. El texto es del cap. IV, *El amor en el matrimonio*).

12. Hasta aquí hemos hablado de tres tipos de amor que Dios nos ha dado a los hombres y mujeres como reflejo de su amor. Pero el *amor de Dios* es algo superior a todo esto, pero no porque anule a los tres tipos de amor anteriores, sino por integración y superación. Quiero decir que el amor de Dios es mayor que el *afecto* humano (la filantropía) y muy superior al *deseo* de la carne (eros) o a la herencia de la sangre (el amor familiar). Dice Benedicto XVI que el amor divino eleva los *amores humanos* integrándolos en un camino de purificación hacia la plenitud. De los tres términos griegos relativos al amor –eros, *philia* (amor de amistad) y *agapé*–, los escritos del NT prefieren este último cuando hablan del amor de Dios. Hay que señalar que el vocablo *agapé* era una palabra que en la lengua griega de entonces estaba en desuso, y prácticamente no existía. El amor de amistad, como hemos visto, es aceptado y profundizado en el evangelio de san Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este no usar la palabra *eros*, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra *agapé*, apunta sin duda a algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. Como es de esa fuente de la que bebe la Iglesia, y en ella la familia cristiana, dedicaremos todo un capítulo a considerar la experiencia del amor que expresa el vocablo *agapé*. Aquí estamos, como dice Benedicto XVI, en la concepción bíblica del amor: ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca (cfr. DCE, 6). Estamos, pues, en el amor de Dios manifestado en Cristo.



**CAPÍTULO SEGUNDO:  
AGAPÉ, EL AMOR QUE TIENE EN DIOS SU ORIGEN**

13. Partimos, pues, de una constatación: *agapé* es una expresión que, como sustantivo, se encuentra prácticamente por primera vez en el NT porque su contenido (aquel amor que tiene en Dios su origen, que aparece corporalmente en el Hijo de Dios y que es infundido por el Espíritu Santo en nuestros corazones) no podrá ser traducido adecuadamente por ninguna otra palabra de la lengua griega en aquel momento. Esto es verdad, pero la cultura dominante, desde hace 200 años, busca poner una trampa en la que los católicos actuales también caemos.
14. Lo expone Benedicto XVI: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿Ha destruido verdaderamente el *eros*, esa “locura divina” que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre y la mujer de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta? Esa era la pregunta de Benedicto XVI en *Deus caritas est*, 3-4. Indudablemente tanto el AT como el NT se opusieron con la máxima firmeza a muchas formas de religión de su entorno, mostrando el contraste con la fe en el único Dios, y las combatió como perversión de la religiosidad. Pero no rechazó en modo alguno el amor *eros* como tal. Declaró la guerra, sin embargo, a su desviación destructora. Como hace hoy la buena antropología del amor conyugal o una buena enseñanza afectivo-sexual. En las consideraciones sobre el concepto de *eros* en la historia y, en la actualidad, dos son los aspectos a tener en cuenta. “Ante todo, dice el Papa Ratzinger, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en

## ARZOBISPO DE TOLEDO

dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluye también la renuncia. Esto no es rechazar el *eros* ni “envenenarlo”, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza” (DCE, 5).

15. Es ridículo que se reproche al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad, aunque haya habido tendencias de ese tipo. Pero ese mismo reproche acaece en el presente y es esta generación de católicos los que deben mostrar con su vida que no es así. Ahora bien, no hay que callar que exaltar el cuerpo como hoy ocurre es engañoso. El *eros*, degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender; “más aún, continua Benedicto XVI, el ser humano se transforma en mercancía” (Ibídem). Ésta no es, en realidad, la forma correcta de tratar al cuerpo humano, porque está considerando el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Por ahí no llega la felicidad; más bien aporta a la sociedad actual una tensión y un sentimiento de malestar por la continua conflictividad de una sexualidad mal vivida y desorientada.
16. Si los cristianos eligieron acertadamente el término *agapé* para hablar del amor de Dios manifestado en Cristo, es precisamente porque estamos ante el amor totalmente desinteresado e incondicional. Amor de donación sin reservas, y amor que sigue amando incluso cuando no es correspondido. Es amor que dura y perdura, siempre. El amor fiel y permanente, no cambiante, sin ningún vestigio de interés egoísta, que vivifica a quien lo recibe. Es el amor que no se merece, pero acontece. Es el amor de ese Dios nuestro que no esperó a que fuéramos buenos para amarnos, sino que nos amó siendo como éramos pecadores (cfr. Rom 5,8; 1 Jn 4,10).
17. Pero, en este caso, ¿no será Dios y su Hijo Jesucristo quienes únicamente tienen amor-*agapé* y pueden desplegarlo en este mundo

nuestro? No es así como lo entiende la Tradición católica. Ciertamente este *amor de caridad* es el verdadero Amor de Dios, del que habla san Pablo de modo sublime en 1 Cor 13, y que antecede a nuestra repuesta de amor. Pero incluye también el amor en nosotros hacia quien no es valioso, al pobre, al que nada te puede pagar, cuando Jesús “dijo al que le había invitado: cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; porque corresponderán, invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serán bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos” (Lc 14, 12-14). En este texto Jesús no habla únicamente de sí mismo, sino que incluye a sus discípulos, que son exhortados a amar de este modo. Nadie duda, sin embargo, que estamos ante el amor más grande, el que está en el centro de todo el Evangelio, que es incluso *amor a los enemigos* (cfr. Mt 5, 44); es, pues, el amor en la dimensión de la cruz. Estamos hablando del amor que nos ha manifestado Jesucristo entregándose *hasta el extremo*, es decir, dando la vida no sólo por los amigos, sino también por los adversarios (cfr. Jn 13). Es el amor compasivo, que llega hasta Judas el que le entregó, el amor del Dios misericordioso que se ha manifestado plenamente en Jesús crucificado, muerto, sepultado y resucitado.

18. En palabras de san Juan Pablo II, “La revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre; se llama Jesucristo” (*Redemptor hominis*, n. 9). Él es el *Amado* del Padre por excelencia. San Marcos, para hablar del amor de predilección del Padre por el Hijo Jesús, emplea este verbo griego: Él es el *agapetós*, el Hijo amado manifestado en el Jordán y en el Tabor (cfr. Mc 1,11 y 9,7). El cuarto evangelio emplea el verbo *agapao* tanto para hablar de sus *amigos* de Betania, Marta, María y Lázaro (Jn 11,5), como al comenzar la última Cena: “Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado (*agapao*) a los suyos, los amó (*agapao*) hasta el extremo”

## ARZOBISPO DE TOLEDO

(Jn 13,1). Y más adelante afirma el evangelista: “No hay amor más grande (*agapé*) que dar la vida por los amigos (*filos*)” (Jn 15,13).

19. ¿A quién se dirige este amor de caridad en nosotros, hombres y mujeres? En nosotros a Dios y al prójimo. Lo venimos diciendo desde el inicio de esta carta. Y, ¿en qué consiste este amor de caridad? Desde luego hay que ver en este amor una actitud de benevolencia y de respeto, al mismo tiempo que una disposición real de servicio. Su expresión práctica es la benignidad, disposición benévola que lleva consigo esencialmente espíritu de servicio y liberalidad. ¿Podría entenderse esta caridad como una simple virtud moral? Es mucho más, porque, si tiene como objeto a Dios y se orienta también al prójimo, tiene que ser al menos una imitación de la caridad que Dios tiene al hombre. En realidad, es un don de Dios en virtud del cual —en lenguaje de san Pablo— es Dios Padre y Cristo quienes en nosotros aman al prójimo. Sí, esta caridad es siempre el mismo amor que, procedente de Dios, ha pasado al corazón de Cristo y se extiende al corazón de los creyentes. Una participación tal del creyente en el amor y en la actividad de Dios en el mundo es el signo auténtico de la realidad de su fe, porque, como dice el Apóstol: “En Cristo nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor” (Gál 5,6). La caridad es así la virtud teologal por excelencia.

20. Cuando uno lee el texto tal vez más importante y conocido sobre el amor de caridad (1 Cor 13), éste aparece no sólo como la virtud más grande, sino como la fuente de la que surge las relaciones y los comportamientos virtuosos de los cristianos. Debemos, pues, comprender este amor como un horizonte totalizante y que unifica el hacer humano, pero no en sentido de que consista en un sentimiento de simpatía o en un atractivo, o en un vago humanitarismo. Es, más bien, el don divino de los tiempos abiertos al acontecimiento salvador de Cristo, capaz de transformar la persona en una “nueva criatura”. Se podría también decir que es un dinamismo de gracia

del Señor, la fuente de hacer y sentirse nuevos en la novedad que inaugura la resurrección del Crucificado y el don del Espíritu Santo.

---

**EXCURSO: AGAPÉ EN EL HIMNO A LA CARIDAD (1 Cor 12,31-14,1)**

21. San Pablo utiliza setenta y cinco veces el sustantivo *agapé* en sus cartas. Es un uso sobreabundante y constante en su correspondencia. Es una expresión adecuada del que podemos llamar “evangelio paulino”, es decir, cómo habla el Apóstol de Cristo y su obra salvadora: nuestra justificación. Este “evangelio”, como todo el mundo sabe, se centra en Cristo y en su crucifixión y resurrección. Así la muerte del Salvador muestra, a la vez, la caridad de Dios y la del Hijo Unigénito. Los que creen en Cristo se adhieren a este amor y deben corresponder por la caridad hacia Dios y al prójimo. Como san Juan, san Pablo ha colocado la palabra *agapé* en el centro del cristianismo.
22. Es interesante constatar que treinta años después de la muerte de Cristo, la Iglesia posee ya su lengua propia, un vocabulario teológico tan amplio como preciso. El término *agapé* concretamente adquiere una significación tan especial y tan densa que aparece casi como un neologismo, la palabra que se crea para expresar algo de manera nueva. Movidos por las circunstancias, efectivamente, con el fin de designar los diversos aspectos de la doctrina y la moral, los Apóstoles –san Pablo en primerísimo lugar- han colocado la caridad en todas las avenidas y en el centro de la nueva religión. Se trataba de precisar las razones de la iniciativa divina para enlazar con los pecadores; y del don de Dios a la humanidad, al enviar a su Hijo único, pero también de la respuesta agradecida de los creyentes, y de las relaciones de éstos en el seno de la comunidad cristiana o con los de fuera; y de la misma felicidad celestial. En todo esto es siempre el amor (*agapé*) el que tiene la última palabra sobre el misterio de Dios y la fuente de la vida del creyente. Todo se resume, se “recapitula” en la caridad.

23. En 1 Cor 12,31-14,1 el sustantivo *agapé* aparece diez veces; es, pues, el texto más importante del NT sobre la caridad. No estamos frente a un salmo o un himno propiamente hablando, sino frente a una exhortación, en la que el Apóstol quiere dar una enseñanza de la mayor importancia sobre la realidad fundamental de la moral cristiana. Si hacemos un análisis esquemático, muestra una construcción literaria muy elaborada, pero que san Pablo no ha creado como “género literario”. Quiero decir que en el AT aparecen textos con esquemas literarios parecidos, por ejemplo, en el Sal 139, 8-9 (“Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro...”), o Sab 7,22-30. Lo cual indica que en 1 Cor 13 puede haber un influjo directo de una fuente literaria judía o profana; es, pues, un uso de la retórica clásica la que utiliza aquí san Pablo.
24. “Y aún os voy a mostrar un camino más excelente”. Así comienza el texto que analizamos. En la época helenística, “camino” era un término corriente para designar a la vez una doctrina religiosa y moral, y la conducta práctica que está conforme con ella. Lo dice Jesús en Mt 7,13-14: “Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos”. En el caso presente, es san Pablo instructor de la comunidad quien muestra a los corintios la “vía nueva”, que dice Heb 10,20, de la verdad, de la vida y de la salvación. Lo cual quiere decir sin duda que, si se puede ser cristiano sin poseer ningún carisma, es imposible el pretender ser discípulo de Jesús si no se posee la caridad, único “camino” del reino.
25. San Pablo va enumerando acciones que se pueden realizar o carismas que uno puede tener, pero “si no tengo amor...” (cfr. 1 Cor 13,1-3). ¿Tampoco los cristianos o no cristianos que dan todo lo que poseen y no dudan en sacrificarse por el bien de sus hermanos? Esos “ejemplos”, que trae san Pablo aquí, son mostrados como signo de una gran valentía o fidelidad, que parece se daban en Corinto



o en Atenas por influencia hindú; los cristianos de Corinto saben, pues, que, por la fortaleza del espíritu o por ostentación y deseo de gloria, los hombres son capaces de soportar el sacrificio supremo, aun los tormentos más atroces, “pero si no tengo amor (*agapén de me ojo*), *de nada me servirá*” (v. 3). Hay un deje de amarga ironía cuando el Apóstol sugiere aquí que, aun perdiendo todos sus bienes y matándose, no se puede esperar ninguna recompensa.

26. ¿Cuál es este amor? Lo dice la segunda estrofa del texto (v. 4-12). En lugar de calificar el amor de caridad (*agapé*) como una virtud, san Pablo la personaliza y parece atribuirle, como a un ser que piensa y que quiere, la iniciativa de la conducta de los fieles hacia el prójimo. La caridad, como la sabiduría en el AT, no puede ser otra cosa que un don, incluso participación de Dios; por eso hay tanta diferencia entre la *caridad* y los *carismas*, o entre la *caridad* y la “virtud” en el sentido de la filosofía moral. El Apóstol va enumerando las cualidades del amor de caridad (*agapé*) y sus manifestaciones: “el amor es paciente, benigno, no tiene envidia, no presume, no se irrita, no lleva cuentas del mal, todo lo excusa...”. Un verdadero amor fraterno se prodiga en cuidados delicados, en detalles de ternura, en prestaciones espontáneas. Se manifiesta la alegría sentida por permanecer junto al prójimo y se muestra dispuesto a prestarse incondicionalmente.
27. Lo que decimos es que san Pablo no habría podido describir con esta perfección el retrato del amor/*agapé*, sino lo hubiera contemplado en el modelo de la persona de Cristo, quien reflejaba el amor del mismo Dios; de forma que, si se sustituye en estos versículos 4-8 el término “caridad/amor” por el nombre de Jesús, este himno se transforma en la descripción más perfecta de la vida del Salvador. ¡Ah! Ahora entendemos la importancia de *agapé* en el vocabulario del NT.
28. En la parte última del texto que estamos comentando (1 Cor 13,8-13) se contraponen el conocimiento imperfecto que tenemos ahora con el conocimiento que tengamos cuando “venga lo perfecto”

## ARZOBISPO DE TOLEDO

(v.9-10); de modo que “mi conocimiento es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios” (v.12). Por eso, el amor de caridad (*agapé*), que es el atributo del cristiano en la tierra, subsistirá en el otro mundo. Allí tendrá su última actividad o fruto: conocer a Dios de modo definitivo, puesto que ya dispone ahora de ese conocimiento parcialmente. También quedan la fe y la esperanza, pero: “la más grande es el amor (*agapé*)” (V.13). ¿En qué sentido? El Apóstol no lo indica, pero tal vez esté pensando él en las palabras de Jesús cuando contesta a la pregunta sobre cuál es “el primero y mayor mandamiento” (Mc 12,31), citado en el inicio de esta carta, o en sus mismas palabras en Rom 13, 10: “El amor (*agapé*) no hace mal a su prójimo; por eso la plenitud de la ley es el amor (*agapé*)”.

29. Establecer el texto, colocarlo en su ambiente histórico, literario, cultural y religioso, hacer de él una exégesis basada en el análisis filológico de cada palabra, no son más que tareas previas. Interesa también, claro está, determinar su enseñanza teológica, es decir, “interpretar” el texto. Empresa delicada, ya que los prejuicios del comentador pueden intervenir inconscientemente para orientar sus conclusiones. Mi pequeño trabajo exegético en este excursus tal vez no les interese. Recordemos, sin embargo, que la intención de san Pablo es demostrar (v. 12,31) la preeminencia del amor de caridad sobre los carismas y las virtudes morales por un triple motivo: la caridad es indispensable al cristiano (v. 1-3); es fuente de una multiforme actividad virtuosa (v. 4-7); dura eternamente y es la “más grande” (v. 8-13).

30. Al finalizar este excursus, podemos entender que ninguno puede amar a Dios si primeramente Dios no le ha distinguido y amado. Así la visión cara a cara en el cielo, que es fruto de la culminación del amor al prójimo en la tierra, depende de la caridad anterior de Dios (cfr. 1 Cor 13,12). Podemos también concluir que la caridad fraterna depende esencialmente del amor que Dios concede al cris-

tiano. Quizá sea ésta la enseñanza más importante del capítulo. Así iluminados, las afirmaciones tan absolutas del Apóstol no ofrecen dificultades. La caridad de Dios (*agapé*) para con el ser humano es la primera. Este *agapé* se extiende en el corazón del hombre (cfr. Rom 5,5), de donde mana, y se ejerce hacia el prójimo. Esta fuerza no solamente brota y se difunde, sino que es una plenitud, radicalmente distinta, por tanto, del amor/eros platónico, que era deseo e indigencia. El amor/*agapé* en 1 Cor 13, estrictamente hablando, es amor al prójimo, pero un amor cristiano, es decir, no salido de la carne ni de la sangre; es dado por Dios, y aún mejor, efecto y participación del amor por el que Dios “conoce” y ama al hombre y la mujer; por esto su tendencia, su misma naturaleza, es querer el bien del prójimo y ayudar a conseguirlo. Me gusta, por ello, y es iluminador, un texto de san Agustín en Las Confesiones, que dice:

¡Oh, cómo nos amaste!, Padre bueno, que no perdonaste a tu único Hijo, sino que lo entregaste por nosotros, que éramos impíos. ¡Cómo nos amaste a nosotros, por quienes tu Hijo no hizo alarde de ser igual a Ti, al contrario, se rebajó hasta someterse a una muerte de cruz! (...) Siendo tu Hijo, se hizo nuestro humilde servidor y nos transformó, para Ti, de esclavos a hijos (...) De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido (...) desespera de nosotros (...), mas Tú (...) me tranquilizaste, diciendo: Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos (...). Tu Hijo único, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y del conocer, me redimió con su sangre. (San Agustín, *Confesiones*, libro 10, 43, 68-70).



**CAPÍTULO TERCERO:  
EL AMOR DE CARIDAD EN LA COMUNIDAD CRISTIANA,  
CORAZÓN DE TODA AUTÉNTICA EVANGELIZACIÓN**

31. “Que el amor sea la raíz y vuestro cimiento” (Ef 3,17). Este deseo de san Pablo para los cristianos de Éfeso va dirigido en realidad a todos los miembros de la comunidad diocesana. Tanto para nuestra fe personal como para nuestras relaciones fraternas y para nuestro apostolado, ya sabemos que el amor de caridad es fundamento y clave. Este amor “trasciende toda filosofía”. No hay fuerza más eficaz para transformar nuestra rutina, que encierra en sí nuestra confesión: “así ha sido siempre”. Sólo hay un modo de crecer en la vida: por amor, con amor y en el amor. Pero hay que atreverse a ello, hay que “atreverse a amar”. Todos. Para los que han de tener un papel activo en la Iglesia buscando su vocación, para los jóvenes, pedimos que Dios les conceda la fuerza y capacidad necesaria para vivirla en nuestra Iglesia, sea cual fuera la que el Señor les conceda. En la espera del próximo Sínodo de Obispos, quiero citar al Papa Benedicto:

Queridos jóvenes, quisiera invitaros a “atreverse a amar”, a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda vuestra vida una gozosa realización del don de vosotros mismos a Dios y a los hermanos, imitando a aquel que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte (cfr. Ap 5,13). El amor es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones. (*Mensaje XXII Jornada Mundial de la Juventud, 27.1.2007*).

32. Pero esta vivencia va ofrecida a todos los cristianos de Toledo: vivir unidos a Dios como el sarmiento a la vid (cfr. Jn 14,1-17). Sí, hay que quitar de nosotros el miedo que nos atenaza tantas veces y lanzarse a vivir unidos a Dios, el Amor, para recibir su savia. No estemos tan

## ARZOBISPO DE TOLEDO

preocupados por buscar formas nuevas de experiencia de Dios, porque la savia vital del Dios trinitario es el Amor puro, auténtico, verdadero, incondicional, permanente, siempre fiel. “Pues, si Dios es amor, la caridad no puede tener fronteras, decía el Papa León Magno, ya que la Divinidad no admite verse encerrada por ningún término” (*Sermón 10 sobre la Cuaresma*, 5). Sólo desde el Amor trinitario, manifestado en Jesucristo, se puede y se debe contemplar la altura y profundidad de la vocación al amor en la familia, en la comunidad cristiana presidida por el ministro ordenado, y en la comunidad de personas consagradas, llamadas a reproducir el amor y la unidad de la Iglesia primitiva viviendo la comunión.

33. *Aprender a amar*, es un proyecto que la Iglesia de Toledo sigue proponiendo para adolescentes y jóvenes. Los COFs diocesanos están empeñados en enseñar el amor (*agapé*), para que ellos aprendan a amar. En realidad, ésta es la misión principal que propongo a la Comunidad diocesana, concretada en acciones diferentes, pero que nazcan de esa fuente. Ésta es también la misión principal de quien habla de Dios en la formación de la fe, en la catequesis, en la homilía y en la exhortación cristiana. “Y eso es lo que más necesitamos, pues si no llegamos a amar de forma correcta, nos alejaremos de Dios y de nosotros mismos, y la vida se vuelve oscura y estéril”, decía el Papa Ratzinger en una homilía en 1994. Pero antes de exhortar a amar en el matrimonio, en el ministerio sacerdotal y en la vida de especial consagración, hablemos de Santa María, Madre del Señor, el más eminente miembro de la Iglesia fundada por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

34. Conocéis el lema del séptimo Programa anual: “Se levantó y se puso en camino”. Está ilustrado este lema con el lienzo que muestra el momento del saludo de María a su prima Isabel, pintado para el monasterio de Guadalupe por Lucas Jordán (+ en 1705). Ella ha recibido el don del Hijo de Dios en su seno, ha recibido el Amor en persona, y marcha a la montaña, una vez que la dejó el ángel en su

anunciación. No se quedó María cómodamente en Nazaret, porque el amor tiende a “subir” del fondo de nuestro interior, para salir, para moverse. Pedagógicamente hemos querido resaltar la invitación a nuestras comunidades, a cada uno en concreto, para que salgan abandonando el cómodo criterio pastoral del “*siempre se ha hecho así*”. Es decir, seamos audaces y creativos, porque estamos movidos por el amor de Dios.

35. Nos fijamos en María porque “Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón, y se dejó atravesar por la espada. La santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de santidad y nos acompaña (...) *Conversar* con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa” (Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, 176). Nos pasa que tenemos miedo a ser “audaces y creativos”. Sin embargo, “para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque *esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación* (1 Tes 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio” (GE, 19). “¡Cuántas veces nos sentimos arrastrados a quedarnos en la comodidad de la orilla! Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas”. Pero Dios “nos lleva allí donde está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! Él va más allá de nuestros esquemas y no teme las periferias”. (Papa Francisco, GE, 130 y 135).

36. Lo que comenta el Papa Francisco de la Virgen María, ¿es posible vivirlo los que formamos la Iglesia de Dios? Más concretamente: ¿se puede amar de este modo en cualquiera de las tres vocaciones o estados de vida que nos propone Jesucristo? ¿Es posible ese amor/

*agapé* en el matrimonio, en la vida consagrada, en el ministerio ordenado? Hablemos antes de esa manera de querer que es el amor familiar. Es normal que, en todos los seres humanos, por pertenecer a una familia se da este tipo de amor. En el matrimonio se da especialmente con la fidelidad esponsal y la fecundidad conyugal en la procreación. La fecundidad “biológica” no es, sin embargo, la única; un matrimonio es también fecundo si evangeliza y transmite la fe y es testigo del amor de Cristo a los demás, sobre todo a los más pobres. La vida consagrada participa, a *su modo consagrado*, de este amor familiar con la paternidad y maternidad de los fundadores y la fraternidad de los hermanos y hermanas que conforman la orden o el instituto religioso. Son *una familia religiosa*, y genera hijos espirituales mediante la entrega sin reservas a su misión y carisma, como también hacen los ministros ordenados, obispos, presbíteros y diáconos por medio el correcto ejercicio de su ministerio o servicio en favor de todo el Pueblo de Dios.

Así como en una familia carnal nadie debe desentenderse de los demás, en la familia religiosa todos se preocupan los unos de los otros. El amor familiar hace que todos se sientan *cuero*. Así somos también en la Iglesia: cuando un miembro sufre, todos sufren con él, cuando un miembro es honrado, todos se felicitan, dice san Pablo en 1 Cor 12,26. Igualmente, los ministros del Señor han de preocuparse de su comunidad cristiana amándola esponsalmente, como Cristo hace con su Iglesia, santificándola con los sacramentos, cuidándola y custodiándola con solicitud pastoral (*amoris officium*).

37. ¿Es posible también el amor de amistad en el matrimonio, en la vida consagrada y en el ministerio ordenado? La respuesta es inmediata: sí, pero en cada vocación, a su modo y con sus características y matices ineludibles. Es un don apreciado, muy sano, muy conveniente, pero la amistad exaltada sin distinguir sus diferentes gamas e intensidades, puede frustrarnos; y si no advertimos de sus amenazas para custodiarla con inteligente vigilancia, podríamos destruirla.



La amistad en la vida conyugal es necesaria; lleva consigo no tener secretos para el otro, aunque sí con el otro. Precisa vivir siempre en la verdad y la sinceridad, en la transparencia. La amistad en el matrimonio se alimenta y se fortalece con el ejercicio, como dice el Papa Francisco en AL, 104, de la *afinidad, la donación, la confidencialidad*. “El amor conyugal es la máxima amistad”, según el Pontífice en AL, 123. Nada de esto escuchamos cuando se nos informa de nuevas muertes, siempre insoportables e imposibles de asimilar, que genera la violencia contra las mujeres “por su pareja”, muertes que las loables medidas de seguridad impuestas no logran impedir. Respecto a la relación paterno-materno-filial es sin duda una relación muy especial, pero pienso con muchos que se debe evitar siempre el reclamo de una amistad que aquí no le es natural. La amistad se da entre iguales, y los padres son padres de sus hijos, y no pueden pretender ser *sus amigos*, aunque haya toda la confianza del mundo.

En la vida consagrada y en la vida sacerdotal la amistad es también un inmenso regalo. La milenaria historia de la vida consagrada, y de la vida sacerdotal, está llena de ejemplos de esa amistad humana y espiritual que tanto ha ayudado para la santidad. Pero las relaciones de amistad en la persona consagrada y en el ministro ordenado nunca podrán ser relaciones en exclusividad. Si son exclusivas, no son buenas, porque cierran el círculo relacional en quienes han sido llamados por Dios no a una relación única, sino múltiple. En los consagrados y en los ministros ordenados hay que velar siempre para evitar toda dependencia afectiva en exclusiva, que impediría vivir el celibato por el Reino de los Cielos. Por eso, se puede y se debe en los consagrados practicar la amistad abierta, sana, madura, con hombres y mujeres, con otros consagrados, con sacerdotes y laicos, pero sin engañarse a uno mismo traicionando la propia castidad vivida, subrayo, en celibato por el Reino de los cielos y continencia serena y gozosa. Cuando este amor se vive con Dios, o según Dios, es agraciado y liberador; pero si se vive *sin* Dios suele generar dependencias serviles tramadas en no pocas ocasiones con chantajes afectivos que esclavizan.

38. Sobre este fondo de la vivencia del amor, veamos en el espléndido capítulo IV de la Exhortación apostólica del Papa Francisco *Amoris laetitia*. El contenido de esta exhortación postsinodal se aplica desde luego a la familia (primeros destinatarios). ¿Podemos aplicar el capítulo cuarto también a la vocación consagrada y al sacerdocio ministerial, de manera que pueda leerse *desde* la vocación de especial consagración y desde el ministerio ordenado? No es ningún disparate. De hecho, en AL n. 158-162 se habla de la virginidad y del celibato, de modo que “Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una disponibilidad más concreta y oblativa” (AL, 162). Es preciso leer despacio este capítulo IV de *Amoris laetitia*, pero sin sacar las cosas de su sitio ni de su armonía.
39. Nos parece también interesante hablar sobre un tipo de amor de caridad que podemos pedir a las tres vocaciones o estados de vida en la Iglesia: “amar hasta el extremo”. La Iglesia sería así más fecunda. Este amor “hasta el extremo” es el propio de Jesús. De este modo, en la vida consagrada el *amor hasta el extremo de Jesús se vive siguiéndole e imitándole*, bien al interior de los miembros de la comunidad concreta (cfr. EG, 99); bien hacia fuera de ésta, con todos aquellos que son asociados a la vida y misión de los consagrados. Lo dijo san Juan Pablo II: “Entre los posibles ámbitos de la caridad, el que sin duda manifiesta en nuestros días y por un título especial el amor al mundo *hasta el extremo*, es el anuncio apasionado de Jesucristo a quienes no lo conocen, a quienes le han olvidado y, de manera preferencial, a los pobres” (Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, 75, véanse también los n. 76-83). Muy importante esta tarea de los consagrados, que toda la comunidad debe conocer.
40. Un modo concreto de *evangelizar amando con la caridad de Cristo* en el ministerio sacerdotal, lo expresó muchas veces el Papa Francisco en tantas intervenciones suyas durante el Año de la Misericordia.

Pero en la homilía de la solemnidad del Corazón de Jesús en ese año podemos ver los sacerdotes ese amor “hasta el extremo de Cristo”, animando nuestro espíritu con ese modo de actuar en nuestra vida. Basten estas palabras del Papa en esa homilía:

“Así es también el sacerdote de Cristo: está ungido para el pueblo, no para elegir sus propios proyectos, sino para estar cerca de las personas concretas que Dios, por medio de la Iglesia, le ha confiado. Ninguno está excluido de su corazón, de su oración y de su sonrisa. Con mirada amorosa y corazón de padre, acoge, incluye, y, cuando debe corregir, siempre es para acercar; no desprecia a nadie, sino que está dispuesto a ensuciarse las manos por todos. El Buen Pastor no conoce los guantes. Ministro de la comunión, que celebra y vive, no pretende los saludos y felicitaciones de los otros, sino que es el primero en ofrecer la mano, desechando cotilleos, juicios y venenos. Escucha con paciencia los problemas y acompaña los pasos de las personas, prodigando el perdón divino con generosa compasión. No regaña a quien abandona o equivoca el camino, sino siempre dispuesto para reinsertar y recomponer litigios. Es un hombre que sabe incluir” (*Homilía*, 3 de junio de 2016).

41. En *Amoris laetitia* encontramos luz suficiente para comprender lo que puede significar amar hasta el extremo en la vida matrimonial. En ese capítulo IV de *Amoris laetitia*, tantas veces citado, el amor es pleno cuando se vive, con la gracia de Dios, lo que en el sacramento se entregan los cónyuges: a) la indisolubilidad del vínculo, permaneciendo unidos y amando en lo bueno, en la salud y en la enfermedad, en la abundancia y en la escasez, en la riqueza y en la pobreza... todos los días de la vida. Porque así nos ama Dios. ¿Que esto no es lo normal hoy? No hagamos tantas encuestas, porque tú y yo conocemos muchos matrimonios que aman así; b) la fidelidad matrimonial, con amor exclusivo del marido por la esposa y de la esposa por el marido, en una sumisión recíproca que los hace iguales en dignidad, en la plena comunión de bienes, en el perdón que regenera toda herida y en la sinceridad como pedagogía de la

verdad; porque así nos ama Dios; c) la fecundidad conyugal, abiertos a la vida siempre y en todas sus formas, también en la transmisión de la fe, la caridad con todos, practicando la hospitalidad y la apertura a la Iglesia.

42. Toda esta riqueza humana y espiritual, esta entrega de los cónyuges no es la que buscan ni a la que aspiran los que son partidarios de la ideología de género, aunque sea esta manera de considerar la realidad del amor la que tiene tanta acogida en nuestra sociedad, mostrada además con toda la fuerza mediática de que disponen. Nos dirán: nosotros buscamos la igualdad entre los géneros, entre hombre y mujer. No lo ponemos en duda. Pero entonces ¿nosotros no estamos por conseguir la igualdad entre el hombre y la mujer? Sin duda. Pero una cosa es querer que haya una igualdad efectiva entre hombre y mujer en cuanto a su dignidad y reconocimiento social, y otra es no ver las diferencias normales entre mujer y varón; y también aceptar la propia naturaleza que Dios nos ha dado (complementariedad en la diferencia entre el varón y la mujer, y no el *caos* y *la confusión* que genera la ideología de género...), porque esta no aceptación de las cualidades de cada sexo viene a ser como un pecado contra Dios Padre, Creador, tal y como afirmó en su día el papa emérito Benedicto XVI (cfr. Papa Francisco, intervención en el encuentro con los obispos polacos en la JMJ 2016 de Cracovia).

Pero en este orden de cosas es vital que los católicos tengamos claro que la madurez cristiana (y humana) en el amor se mide por la capacidad de abnegación, ofrenda y sacrificio. No hay amor duradero sin sacrificio mutuo, sin esfuerzo para superar las decepciones, sin paciencia para soportar las miserias e imperfecciones del otro. ¿Importará todo esto a nuestros políticos a la hora de proporcionarnos “sus programas” para nuestra felicidad? A nosotros sí nos importa y mucho.

**CAPÍTULO CUARTO:  
LAS FUENTES EN LAS QUE BEBEN LOS HIJOS DE LA IGLESIA**

43. ¿Será posible una vida de amor como la delineada en los capítulos precedentes? ¿O será una quimera, un voluntarismo, el que pide el Obispo a sus fieles, nada realista y que llevará necesariamente a un fracaso en su consecución? El futuro está siempre en las manos de Dios. Pero con esta carta no soy yo quien está marcando un programa para que otros lo lleven adelante. No soy yo quien con ella está mostrando *mi programa* adelante al inicio del curso pastoral. Estoy subrayando lo que, para nuestra felicidad, nos ha revelado Dios, en su Hijo Jesucristo por el Espíritu Santo, y yo estoy ahí, no exigiendo únicamente, sino impulsando con mi testimonio de vida, siempre pequeño y desmañado, pero veraz y sin querer engañar ni obligar a nadie, pues libres nos ha hecho el Señor. “La fe se propone, no se impone”, le oí a san Juan Pablo II en Cuatro Vientos en mayo de 2003, dirigiéndose a los jóvenes, que en gran número escuchaban el testimonio de un “joven de 83 años”.
44. La travesía es árida, es ardua, entre los consuelos de Dios y las tribulaciones de los hombres, sin juzgar, sin transmitir optimismos que no llevan a ninguna parte. Hay que caminar, es preciso realizar el testimonio de Jesucristo en nuestra sociedad; hay que vivir con pasión tantas realidades que la cultura dominante ha liquidado, y son vitales para nuestra sociedad. Para ello, hay que saber dónde están las fuentes en el camino de esa travesía; hay que “construir sobre roca” para cuando lleguen los vientos, caiga la lluvia y descarguen contra nosotros, como nos advirtió el Señor al terminar su Sermón de la Montaña (cfr. Mt 7,24-27). ¿Con qué contamos? Ante todo, con “las fuentes de la Iglesia, que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (San Jerónimo, *Homilía a los recién bautizados*). También con una enorme tradición y experiencia de siglos de fe cristiana. El substrato cristiano de nuestro pueblo es una realidad

## ARZOBISPO DE TOLEDO

viva, aunque atacada o ninguneada en ocasiones, para que pierda vigencia en nuestra vida. Mucho ha sido lo que el Espíritu Santo ha sembrado en nuestra tierra, en la que la mayoría ha sido bautizada y expresa su fe y su solidaridad fraterna de muchas maneras, y donde la cultura popular es piedad popular frente a los embates del secularismo actual.

Se trata, por supuesto, de acompañar y fortalecer la riqueza que ya existe. No podemos, sin embargo, desconocer que siempre hay una llamada al crecimiento, pues toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración. En el caso de nuestra cultura popular, podemos reconocer algunas debilidades que deben ser sanadas por el Evangelio. Enumera al respecto el Papa Francisco algunas de estas debilidades: “el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, *una escasa participación en la Eucaristía*, creencias fatalistas o supersticiosas...” (EG, 69). Aquí estamos tratando, en realidad, de cómo valerse de la fuerza de la gracia de Dios, para que bebamos de esa fortaleza del Espíritu, y conseguir ser fuertes en la fe. Así podremos afrontar, en una lucha siempre ardua, los desafíos formidables que tenemos para vivir ese amor de caridad que nos ha regalado Cristo. Hablemos de fuentes concretas.

45. No olvidemos en primer lugar: hemos de ser una Iglesia que celebra; que no sólo celebra, pero que *celebra*, porque en el dinamismo de la Iniciación cristiana, ésta acaba con la celebración del Domingo y de la Eucaristía. De la Eucaristía viene la fuerza, la valentía y la fortaleza para el día a día. Hay, sí, que formarse y tener catequesis, *pero celebrar*; hay que vivir el amor/*agapé* con los más necesitados, excluidos y marginados, *pero celebrar*; hay que tener presencia pública, *pero celebrar*. Esas son nuestras señas de identidad. Cuando el Papa Francisco hablaba de la escasa asistencia a Misa, se refería a la Misa dominical en gran parte del pueblo cristiano que, sin dejar la religiosidad popular que les mantiene en relación con Dios, con Cristo a través del culto a imágenes de Jesús, de la Virgen o de los Santos, no celebran la Misa dominical. De nuevo, no se trata de

estadísticas y porcentajes, pero el fenómeno es más hondo: nos estamos alejando de la costumbre de “ir a Misa todos los domingos y fiestas de guardar”; es más: ya muchos, muchos católicos, piensan que ir a Misa el domingo no es importante, no define al cristiano como define al musulmán orar de manera especial, si puede ser en la mezquita, el viernes, o al fiel judío guardar el Sabbath yendo normalmente a la Sinagoga al oficio sabático. Mucho hemos hecho en parroquias y grupos católicos por preparar bien la recepción de la Primera Comunión; pero el domingo *se escapa*. No está en el horizonte, en el sentir de la generalidad de nuestros fieles. Es un mal síntoma.

46. El “instrumento de aplicación” del 7º Programa anual explica muy bien el tercer objetivo del año pastoral 2018-2019: “Una Iglesia que celebra”. Será de mucho fruto leer ese texto, que se hace también eco de documentos de san Juan Pablo II (cfr. El magnífico texto de *Dies Domini*, de 1998; o *Ecclesia de Eucharistia*, de 2003); de Benedicto XVI (*Sacramentum Caritatis*, de 2007). Esa enseñanza de estos Papas es clara, razonada y valiente. Ahí y en otras muchas consideraciones me apoyo y os exhorto. Pero creo que no es exagerado declarar que el Domingo, y la celebración de la Santa Misa dominical, están en peligro de convertirse en insignificante para un número mayor de bautizados, porque sin la celebración de la Eucaristía que nos dejó Jesucristo, ¿qué somos? ¿Un grupo religioso más, que tiene estas y aquellas características, consideradas “extrañas” por la cultura dominante?
47. La situación, sobre todo en las generaciones más jóvenes de la Iglesia, es preocupante. Hace falta mucha vitalidad en la Comunidad diocesana para cambiar esa tendencia de considerar que la celebración de la Misa dominical no tiene importancia para la vida de cada día. Ahí están las acciones de este tercer objetivo de la Programación anual: aparecen como acciones interesantes que quiera Dios que consigan mover la raíz del ser cristiano. Pero todo

## ARZOBISPO DE TOLEDO

es poco en este problema; necesitamos algo especial que llegara a tantos que “pasan”, que no ven hasta qué punto está en peligro nuestra identidad de cristianos en esta sociedad. Recuerdo que, en mi primer año de arzobispo de Toledo, estaban muchos esperando si yo decidía o no que el Jueves antes del domingo del Corpus hubiera Misa y Procesión con el Señor Sacramentado en la Custodia de Enrique de Arfe. Fueron muchas las reuniones, las conversaciones, las reflexiones sobre lo que era mejor determinar, si Misa y Procesión el jueves, o solo Misa y Procesión el Domingo del Corpus. Parecía haber consenso en que repetir el domingo la misma procesión del jueves no era la solución. En un encuentro con personas de Toledo, que pelearon mucho para que hubiera “Corpus en Jueves”, hubo un argumento que me sorprendió. Más o menos era esta la argumentación: para Toledo la celebración del Jueves del Corpus con la Procesión forma parte de su cultura, de sus señas de identidad; no seríamos Toledo; seríamos otra cosa. Creo que tenían razón. En este caso, nuestra pregunta es: ¿Es el Domingo también nuestra seña de identidad como cristianos en el siglo XXI?

Quiera Dios que todos aportemos algo para convencernos como Iglesia de que el domingo es mucho domingo y sintamos que algo nos falta si no participamos de la Misa dominical, precisamente como cristianos que saben que la celebración de la “fracción del Pan”, de la Eucaristía tiene que ver con el nacimiento de nuestra fe y nuestra Iglesia, con un encuentro que se celebra en domingo –palabra inventada por los cristianos–, el primer día de la semana, por ser el día de la Resurrección de Cristo y cuando se mostró resucitado a los suyos en el Cenáculo, presencia que se prolonga en el tiempo, encuentro vital para los que tienen a Jesús de Nazaret como Mesías y Señor.

48. Existe un segundo recurso o fuente para la travesía del camino. En esa fuente hay, por supuesto, agua y alimento para ser fuertes en la fe: la oración. Nosotros hemos comentado algo de la revelación objetiva del amor de Dios en la historia. Hemos recibido esta mag-



nífica noticia del amor absoluto de Dios. Y nos hemos preguntado: *¿Qué tenemos que hacer?* (cfr. Hch 2, 37). Caben tres respuestas, que en el fondo es una sola que se da, además, en un proceso, pues una lleva a la otra, sin desentenderse de la anterior. Es preciso, ante todo, creer en el amor de Dios; segundo, amar a Dios que nos amó primero, y *amor con amor se paga...*; y tercero, amarnos los unos a los otros como Dios nos ha amado, y porque nos ha amado: “queridos hermanos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4,11).

Pero, ya deberíamos entender que no estamos hablando de una fe meramente intelectual o de asentimiento racional sin más. Se trata de un amor de conmoción, de sombro, de estupor, de profunda admiración: “¡Cómo es posible que Dios me ame a mí y me ame así, sufriendo lo indecible por mí!” Es una fe que hace arder los corazones (cfr. Lc 24,32). En ese caso, ¿cómo es posible dar un paso en este horizonte sin orar, sin “estar mucho tiempo con el Señor hablando de amor”, sin pedir al Señor superar nuestra tendencia a quedarse en uno mismo y no salir? ¿Cómo es posible vivir este amor sin orar con los demás en la oración de petición y en la oración litúrgica de la Liturgia de las Horas, sin la adoración silenciosa ante el Señor Sacramentado en el sagrario? ¿Cómo seremos cristianos dispuestos afrontar retos y batallas sin recibir la luz de lo que Dios nos ha revelado en meditación y contemplación, sin algún ejercicio de *lectio divina*? ¿Cómo renovar nuestro seguimiento de Jesucristo sin algunas horas de retiro espiritual o Ejercicios Espirituales de oración más larga?

A pesar de ser *Deus caritas est* una encíclica relativamente corta, incluye dos números (36-37) dedicados a la oración; aquí no podemos analizarlos, pero señalan la importancia que el Papa Benedicto XVI quiso dar a la dimensión de la acción caritativa de la Iglesia. Sí decimos que, en nuestros días, el que lleva a cabo la actividad caritativa no puede renunciar al fundamento de la fe y al testimonio cristiano; en la llamada “postmodernidad” no es algo que se presuponga. Hemos entrado hace tiempo en la cultura de la

## ARZOBISPO DE TOLEDO

filantropía general, que obliga a una respuesta nueva. Se necesitan personas, que, en nombre de la Iglesia, dan testimonio del amor de Dios y que tienen que ser formadas e impregnadas en la fe de Cristo.

Por otro lado, no echemos siempre la culpa a “estos calamitosos tiempos”, a cómo está la juventud hoy o a cómo está la vida. Algo tendrá que ver la falta de relevancia de la fe cristiana en nuestro mundo con nuestra, tantas veces, raquílica oración, que apaga nuestro ardor apostólico y nuestra “salida” como miembros de la comunidad cristiana. Las grandes empresas de la Iglesia, o la presencia en nuestra sociedad de los valores del Reino de Dios siempre han ido acompañadas de gente que rezaba mucho por su Pueblo y mucho para que los que no conocen al Señor de la gloria le conozcan como Dios y Hombre verdadero.

## EPÍLOGO

49. Quien tiene que llevar adelante los objetivos y las acciones pastorales es la Iglesia particular de Toledo, que está compuesta por personas concretas; personas con vocación y estados de vida diferentes, con diversas cualidades y de entrega al Reino de Dios. Toda esta carta desea, en realidad, que los que trabajen en las tres grandes acciones de la Iglesia, tan estrechamente relacionadas entre sí, estén equipados con suficiente fuerza del Espíritu como para afrontar los grandes retos que tenemos en el horizonte del curso pastoral 2018-2019. Enumeremos algunos de ellos:
50. “La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza”. Desde esta afirmación del Concilio Vaticano II, se nos apremia a todos para una entrega pastoral de anuncio y testimonio de vida cristiana, que sabemos viene de las palabras del Señor: “Id, y haced discípulos a todos los pueblos...” (Mt 28, 19-20). Se concretará en algunos en la misión “ad gentes”, pero ya no vale dormir pastoralmente, en un apostolado cómodo. Nos ha recordado muy recientemente el Papa Francisco: “¿Acaso el Espíritu Santo puede lanzarnos a cumplir con una misión y al mismo tiempo pedirnos que escapemos de ella, o que evitemos entregarnos totalmente para preservar la paz interior? Sin embargo, tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso con el mundo a un lugar secundario, como si fueran *distracciones* en el camino de la santificación y de la paz interior. Se olvida que *no es que la vida tenga una misión, sino que es misión*” (*Gaudete et exultate*, 27). Normalmente esa misión ha de realizarse hacia afuera, a donde se necesite, contando con el amor del Señor.
51. Hay que estar dispuestos a proseguir con el desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia. En este campo, nunca acabamos de crecer. Por ello, no basta con cuanto hicimos bien, por ejemplo, en el curso pastoral 2016-2017, que dedicamos preferentemente a conocer esa

## ARZOBISPO DE TOLEDO

Doctrina Social de la Iglesia tan desconocida por tantos católicos. De ahí que el segundo objetivo pastoral de este Programa sea “Impulsar la pastoral sociocaritativa para promover el desarrollo integral humano y social con una clara opción preferencial por los más pobres y excluidos”. Repasad acciones y proyectos en ese segundo objetivo y veréis cuánto hay que hacer en este campo, para que esa dimensión de vida cristiana y su vida de acción en la sociedad sea siempre viva y exigente.

52. El Señor ciertamente exige de sus discípulos, apoyados en el amor de caridad de su Salvador, ir tantas veces contracorriente en una sociedad que aceptan sin mucho discernimiento proyectos *políticamente correctos*. Pero muchos de ellos son muy criticables en sí mismos, pues denotan graves carencias en la apreciación de lo que es el ser humano. Con frecuencia, además, tienden hacia un pensamiento único. Los cristianos tienen que ofrecer, sin complejos de inferioridad, alternativas para que no desaparezca de nuestra sociedad aquello de lo que el mundo no puede prescindir. Sin duda: estamos ante un desafío cultural en el que está en juego la persona humana y dos instituciones fundamentales para la humanidad: el matrimonio y la familia. Aquí podemos decir: ¡Qué intuición del Concilio Vaticano II, cuando en el mensaje final a las mujeres les decía: “en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda (...), llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto *a que la humanidad no decaiga!*”. Era el 8 de diciembre de 1965. ¡Cuánta sabiduría hay en esas palabras, a la vista, por ejemplo, de tanto maltrato a las mujeres en general, y cuánta equivocación del valor de su tarea como mujer!

53. La violencia contra las mujeres no es una broma. Existe y no puede dejarnos indiferentes manifestando sólo nuestra rabia cada vez que una mujer muere violenta e injustamente, como cuando la víctima es un niño, un anciano o cualquier otra persona. Quiera Dios que cuaje nuestro proyecto diocesano “Rompe tu silencio”, y

que ayude eficazmente a mujeres maltratadas y vejadas en nuestra Diócesis. Estoy persuadido también de que la educación sexual y una buena práctica de educación afectivo-sexual pondrá más de relieve la complementariedad de los sexos, de la mujer y el varón; complementariedad que es cada vez más urgente. La ayuda no va a venir de un pensamiento y una defensa a ultranza de la ideología de género, cada vez más radical y confusa. Aquella Carta Apostólica de san Juan Pablo II en 1988, *Mulieris Dignitatem* (La dignidad de la mujer) sigue siendo un texto no solo válido, también en muchas cosas no superado.

54. Hemos hablado mucho de la ideología de género y las consecuencias de su puesta en escena para resolver, según sus partidarios que son legión, todos los problemas que tienen que ver con la violencia de género y, en general, con temas tan variados como la transexualidad y el llamado cambio de sexo. ¿Cómo afrontar este reto? ¿Únicamente con proyectos de ley en el Parlamento Español o en las Cortes de Castilla La Mancha? Conocemos, además, que la ideología de género camina a pasos agigantados hacia un pensamiento único, que no dialoga y mantiene una prepotencia de superioridad moral que no reconocen en otras posiciones ante este mismo tema.

Ese es el horizonte más próximo en el que se desarrollarán las acciones de los tres objetivos del Programa pastoral. No es cuestión ahora de hacer una larga reflexión sobre la ideología de género. Me limito a señalar un solo punto en este tema políticamente correcto. Por mucho que nos empeñemos, la relación del hombre con la mujer no es la misma que la de la mujer con el hombre, pues la diferencia que imprime el sexo, masculino o femenino, marca la forma de relacionarnos. Precisamente por eso, lo que constituye a las relaciones entre los dos sexos en la apertura más radical al otro/otra, en tanto que otro/otra, es la imposibilidad “de ponerse en su lugar” en el sentido literal; cada uno parte de su propio yo y, desde ahí, se entrega al otro, aceptándolo y amándolo, pero con las diferencias que se derivan del distinto sexo. Es decir, en la relación de amistad

## ARZOBISPO DE TOLEDO

de un hombre con otro hombre o de una mujer con otra mujer, el amigo/amiga del mismo sexo se relaciona con un simple *alter ego*: ese otro o esa otra. Pero un esposo o una esposa pueden decir: “Mi mujer/mi marido no es solamente *ese otro que no es yo; es también un yo de otra manera*”. El cimiento, pues, de todas las calificaciones residiría en la diferencia entre hombre y mujer. Esa es la *diferencia originaria*, de la que toda humanidad extrae su origen concreto. El hombre y la mujer poseen por igual la naturaleza humana, y en esto son semejantes e iguales en su dignidad, pero cada uno de ellos la lleva a su perfección por caminos diferentes.

55. Amamos desde nuestro ser sexuado. La sexualidad forma parte de nuestro ser creado por Dios: “Dios mismo creó la sexualidad, que es un regalo maravilloso para sus criaturas” (AL. 150). Y hay una singularidad en el amor masculino y otra en la forma femenina de amar. Es una complementación necesaria. El *eros* permite enamorarse ayudándonos a *salir* en busca del otro; es el amor de atracción que, orientado según Dios, se abre a la vida y es fecundo. Cuando se da ordenadamente entre un varón y una mujer busca la “fusalidad”: ser *una sola carne*. Este amor es conforme a nuestra naturaleza. El problema no es sentirlo, sino dirigirlo según Dios hacia donde se debe, hacia quien corresponde, encauzarlo, vivirlo como fue pensado y diseñado por el Señor. No hacerlo así es ir contra el *Dios creador*. No son mis ideas; se puede encontrar el contenido de lo que he dicho en *Amoris laetitia*, cap. IV, sobre todo en los n. 142-146. Son reflexiones de una enseñanza actual del Papa Francisco: tratan del amor humano según el plan creador y salvador de Dios; de la libertad de sus hijos y de su misericordia acogedora. ¡Dios sea bendito!

Toledo, 15 de agosto de 2018.

En la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos,  
Santa María del Sagrario.

## BIBLIOGRAFÍA

1. J. P. Meier, *Un judío marginal. Tomo IV: Ley y amor. Verbo Divino*, Pamplona 2010 (traducción de S. Fernández Martínez).
2. C. Spicq, *Agapé en el Nuevo Testamento*. Editorial Cares, Madrid 1977.
3. R. Belda Serra, *Vivir en el amor (Ef 5,2)*. Conferencia Episcopal Española, Comisión episcopal Vida Consagrada: Edice, Madrid 2018.
4. Fabrice Hadjadj, *¿Qué es una familia? Nuevoinicio*, Granada 2015.
5. S. Tejado Muñoz, *La caridad: fundamento teológico y principio normativo en el magisterio de Benedicto XVI*, en *Corintios XIII*, 150 (abril-junio 2014), p. 29-49. Todo el volumen está dedicado a Benedicto XVI: el Papa de la caridad.

